

1.° de Octubre de 1908. Año V. N.° 115.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.°, entr.° Apartado en Correos n.° 445.

Hazañas de apaches

En plena calle.—Por delatora, una apache es apuñalada en un boulevard.

Desde hace algún tiempo, París figura á la cabeza de las poblaciones por su criminalidad.

¿Quién no conoce ó ha leído las innumerables hazañas de los apaches?

La Policía, la famosa Policía parisién nada ha podido conseguir en sus numerosas batidas. Los apaches campan por sus respetos, y desde la media noche al amanecer, ningún transeunte puede atravesar ciertos barrios sin ir provisto de un verdadero arsenal de armas, y así y todo, su vida corre peligro.

No hace muchos días que en el faubourg del Temple se desarrolló una escena trágica.

Frente al número 168, en lugar próximo al boulevard de Belleville, marchaban dos mujeres agregadas á una banda de apaches.

Los apaches en París tienen su organización por barrios, eligen sus jefes y nombran una reina entre las mujeres alegres, considerando ellas esto como un honor.

Pues bien, de las mujeres que mencionamos, una de ellas era *Chiffonnette*, de la que hablamos en otro lugar de este número y conocida también entre la gente maleante por *Tapa de ojo*, á consecuencia de ser tuerta.

Marchaban las dos mujeres cuando se encontraron á otra llamada Andrea, que iba acompañada de un hombre.

Tapa de ojo al verla le dijo:

—Tú eres la que ha denunciado á la Policía á mi hombre y me las vas á pagar todas juntas.



Mientras Marcela sujetaba fuertemente á Andrea, la famosa *Tapa de ojo* le atravesaba el corazón con un estilete.

—No solamente lo he denunciado, sino que soy capaz también de saltarte el ojo que te queda.

—Antes beberé tu sangre.

El joven apache que acompañaba á Andrea quiso defenderla, pero varias amigas de *Chiffonnette* que acudieron hicieron imposible la defensa, formaron un círculo y *Chiffonnette* y su compañera arrojaron á Andrea al suelo y la dieron varios golpes con un estilete, atravesándola el corazón y muriendo casi instantáneamente.

Cuando al ruído y al escándalo acudió la Policía, sólo encontraron el cadáver de Andrea. Las autoras del hecho habían desaparecido. Poco después, lograron echar el guante á *Chiffonnette* y á su amiga Marcela Creté, que estaban en una taberna, rodeadas de gentes de su calaña y celebrando su hazaña en plena juerga.

Esta *Chiffonnette* no es la primera vez que ha tenido cuentas con la Justicia. Ha sufrido once condenas por hurtos, robos y lesiones y se le acusa también de haber cometido otro crimen.

La Policía asegura que con la muerte de Andrea no ha perdido nada la sociedad, pues también era pájara de cuenta y había sufrido diversas condenas, y respecto á la agresora, no está de más que permanezca algunos años á la sombra, lamentando que estas luchas entre apaches no sean mucho más frecuentes, pues sería el medio de conseguir extirpar esa plaga, que es una vergüenza para la llamada capital del mundo,

Amenidades de antaño

El entierro de una reina

No va de cuento, sino de historia y de historia verdadera y cierta, sacada de escrituras y documentos fehacientes.

Fray Pedro Reynoso, el venerable y docto prior del monasterio de El Escorial, cumpliendo lo mandado en carta de su señor y rey D. Felipe V, disponíase á recibir y dar enterramiento al cadáver de la reina doña María Ana de Newburgo, viuda de Carlos II, el último monarca de la casa de los Austrias.

Era el 25 de julio del año 1740, y la comunidad, con su prior á la cabeza, aún de noche por lo temprano de la hora, cruzaba silenciosa é imponentemente, en orden de ceremonia, los desiertos claustros y la iglesia, á cuya puerta debía verificarse el acto de recibir el cadáver.

Gran sorpresa causó al reverendo prior y á los monjes el que, contra lo dispuesto, estuviese aún el templo sin una luz, los blandones del soberbio túmulo también sin encender. Indagóse la causa de tan extraño sucedido. Las arcas de la cera habían llegado ya, mas el cerero depositario de las llaves no aparecía.

—Pues descerrájense las arcas—exclamó autoritariamente el prior—ó póngase la cera de la casa, que no es tiempo de parar en tan ínfimo detalle.

Y siguió otra vez la comunidad su lenta marcha hacia el pórtico del templo.

Ya la fúnebre y larga comitiva del entierro, en la que el rey había querido congregar los más principales y salientes elementos cortesanos, divisábase cercana, alumbrada por el suave amanecer de un espléndido día.

De enlutados carruajes y briosos caballos, apeábanse á poco, y formaban brillantísimo conjunto, el duque de Sessa, representante del rey; los duques de Veragua y del Arco, el marqués de Villena, los condes de Miranda y Velalcázar y otros muchos grandes de España; el secretario de Estado, marqués de Ustáriz; la camarera mayor de la reina finada, condesa de Fernán Núñez; varias damas de honor; nutridas Comisiones de mayordomos de semana, gentileshombres, monteros de Espinosa, pajes de S. M., personal de la real caballeriza y demás elementos palatinos; algunos alcaldes de corte y muchos alguaciles; los guardias de Corps; el patriarca obispo de Cassia; las capellanes de honor; la capilla musical; las Comunidades enteras de dominicos y franciscanos de Guadalajara y las de agustinos y carmelitas de Alcalá... Un cortejo soberbio, lucidísimo, cuya severidad y magnificencia deslumbraba é imponía.

Llegada la litera mortuoria al pórtico, sacaron á hombros los grandes de España el regio ataúd, y colocáronlo sobre un sencillo túmulo allí dispuesto. El acompañamiento situóse alrededor, ocupando los puestos marcados en el ceremonial. Fray Pedro Reynoso y sus monjes adelantáronse entonando los primeros cantos fúnebres. Guardó silencio absoluto la muchedumbre de curiosos que en torno había. El cuadro era hermoso, y aumentaban su grandeza y solemnidad los intensos reflejos del Sol, ya radiante, sobre los bordados uniformes, las armas y las cruces, y las soberbias aplicaciones de oro y plata que cubrían casi todo el ataúd. Ciento ochenta mil reales de vellón habíanse gastado sólo en el féretro, en el paño de brocado que debía cubrirlo sobre el túmulo y en las almohadas de tisú para colocar los atributos de la realeza. Y aun los más renombrados y hábiles artífices habían bordado luego en oro, plata y sedas, sobre el brocado y el tisú, la corona real, las armas de los Austrias y de España, y los atributos imponentes de la muerte.

Cuando terminados los cánticos y la lectura de los decretos y reales cartas propias del caso, disponíanse de nuevo los grandes á tomar el cadáver, para entrarlo en el templo, contúvolos la actitud del prior, quien dirigiéndose al duque de Sessa, dijo con voz firme y resuelta:

—Señor: el paño y las almohadas deben estar aquí, para entrar con el real cadáver en la iglesia, cubrir el ataúd en el túmulo y poner la corona sobre las almohadas. Y no ha de moverse el cortejo sin que esto se haga, cual es práctica y lo tiene dispuesto mi rey y señor.

Indeciso quedó el de Sessa, y sorprendidos los demás; pero aún creció el asombro, al ver que uno de los litereros, audaz y decidido, con el sucio y polvoriento traje del camino, sin quitarse la cofia siquiera, avanzó ante tan grave y linajudo concurso, y poniendo ambas manos sobre el real ataúd, díjole altaneramente al mismo duque de Sessa:

—Por este muerto juramos que los padres nada tienen que hacer con paño y almohadas, que gajes nuestros son, y V. E. debe mantenérnoslos. Que la realeza más conviene sostenerla ante el pueblo, que en la casa de Dios, donde deben probarse sólo vasallaje y humildad.

Rumores de impaciencia y movimientos de cólera produjéronse aun antes de que el atrevido plebeyo pronunciara sus últimas frases. El prior, haciendo ademán de hablar, contúvolas y sin perder su frío y venerable temple, dijo:

—Es estilo inconcuso, señores, que el paño y almohadas entren en la iglesia ante el real cadáver, llevados por guardajoyas del rey. Y práctica no menos seguida es que queden luego convertidos en ternos y ornamentos para mejor servicio de Dios.

—¡No hay tal!—replicó altivamente el literero.—¡Son gajes tradicionales nuestros! Y ni el paño y almohadas, ni aun la cera hemos de dar, mientras no hágase justicia.

Preciso fué que el prior contuviese de nuevo con ademanes de serenidad y templanza á los que, llenos de indignación y rabia, querían castigar por su mano tan inusitado y grave desacato.

—Tranquilícense los espíritus y acállense las vehemencias—añadió serenamente el prior—, que el barullo y confusión dan la razón de momento, pero oscurécenla más y más después. Mostraría la Comunidad sus ornamentos sagrados, ó en su mismo ser todos los paños y almohadas que con los muertos reales han venido al panteón. Y es así por qué entráis el de la reina doña María Luisa, el del señor D. Juan de Austria, el de la reina doña Mariana, el del señor D. Carlos II, el del señor D. Luis I y muchos más. Vengan, pues, paño y almohadas, cese el irrespetuoso y extraño litigio, y continuemos la ceremonia cual es de ritual.

Vencido veíase el literero por la actitud hostil del concurso y por las razones y tranquila autoridad del reverendo prior. Retrocedió hasta los suyos, y apenas si quedáronle ánimos mientras hacíalo para decir sumisamente:

—Daremos paño y almohadas y también la cera; pero concédasenos á cambio alguna regalía.

A lo que aún contestó el prior:

—Eso es asunto que resolverá quien deba. A la Comunidad sólo importa que entre el real cadáver en la iglesia cual debe y es estilo, con todo su aparato y ornamentos, como mandado me tiene en su real carta mi rey y señor D. Felipe.

Trajeron los litereros el soberbio paño y las valiosas almohadas; rápido acudió el de la cera á colocar y encender cirios y blandones; recobraron los del cortejo la calma y el sosiego; acalláronse las conversaciones; entró en el templo tan brillante á imponente comitiva, y empezaron los oficios funerarios, cuya duración fué nada menos que de cuatro horas.

El audaz literero, el de la cera, y demás gente menuda confabulada sufrieron pena preventiva de azotes, sin perjuicio de la definitiva que al terminar la causa se les impuso. De cuál fuera esta pena, nada dicen las crónicas, ni es cosa de inventarla. Que ya al principio queda dicho no iba de cuento, sino de historia, é historia verdadera y cierta, sacada de escrituras y documentos fehacientes.

F. Barber.

El criminalista Garofalo ha calculado que en toda Europa condenan los Tribunales á diez mil personas en un año, por el delito de asesinato.

No es esto lo peor, sino que de cada tres criminales, uno sólo comparece ante la Justicia.

El caballero Charette

El dramático fin del «rey de la Vendée».

De todos los jefes de la guerra de la Vendée, en tiempos de la Convención francesa, ninguno alcanzó tanta fama y popularidad como Charette.

Su audacia, su habilidad, la confianza que inspiraba á sus partidarios y sus repetidos triunfos, le valieron fama de invencible. Su probado valor hizo que los labradores sublevados fuesen á buscarle para nombrarle su jefe, y Charette, que vivía tranquilamente, aislado y dedicado por completo á la caza, tuvo que ocupar el puesto que se le ofrecía, obligado por amenazas

Al frente de sus tropas, que llegaron á sumar treinta mil hombres, Charette se enseñoreó de toda la región vendeana, obteniendo victorias como la de Machecoul, en la que se apoderó de diez y ocho cañones de los republicanos, é hizo setecientos prisioneros.

Inútil persecución.

El Gobierno sacrificó sus mejores batallones y movilizó sus más ilustres generales sin conseguir vencer al *caballero Charette*, al que motejaba de cruel y sanguinario.

Toda Europa seguía con ansiedad aquel duelo épico; Souvaroff, el guerrero más reputado de aquel tiempo, enviaba un mensaje de admiración al jefe realista; el emperador de Austria aplaudía oficialmente sus victorias; pero mientras tanto, el ya escaso ejército del *capitán de bandidos*, como le llamaban sus enemigos, decrecía rápidamente. Veíase cercado por doquiera; contra él se empleaba hasta el incendio de los campos; perseguíanle generales como Travot, Hoche, Gonet y Dupuis, pero cada vez parecía más imposible capturarle; cuando los *azules* creían tenerle entre las manos, se desvanecía como por ensalmo, dejando tras de sí un rastro de sangre.

Agotados todos los medios, Hoche le ofrece el perdón, la libertad, la restitución de sus propiedades, un asilo fuera de Francia. Charette no acepta nada de la República, porque no la cree con derecho á ofrecer bienes que ha robado, y el cura de la Rabateliere, que se había mezclado en las negociaciones, muere á manos de los cazadores sublevados.

La delación.

Pero Charette tiene que caer. Van 12.000 contra él, que no dispone más que de 30 soldados, á quienes autoriza para que se entreguen, dispuesto á seguir luchando solo hasta el fin. Sabiendo que está rodeado de traidores, no se atreve á llamar á la puerta de ninguna cabaña de aquel país, del que ha sido rey, y, durante la noche, agotado por el hambre y por la fiebre, va arrastrándose en busca de alimento.

Una noche se presenta á Travot, jefe de los perseguidores, un aldeano, amigo, según se dice, del cura fusilado por la gente de Charette. En dos palabras expone el objeto de su visita. Sabe que el perseguido ha estado al medio día en una aldea cercana, y que al tener noticias de la llegada de los *azules* ha ido á ocultarse al bosque. Travot coge las armas en el acto, y se pone en seguimiento del aldeano, acompañado de un oficial y de un destacamento de cazadores, de 80 hombres en total.

La captura.

Ya en el bosque, suena un vivo tiroteo. ¡Allí está Charette! Los cazadores acuden y se traba el combate. Travot, que va á caballo, ve á Charette á lo lejos, se apea, y corre en su persecución seguido de tres soldados. Pero el proscripto se esconde entre los árboles. Los cuatro *azules* le persiguen, y se cruzan varios pistolazos. Charette, herido en la frente y en una mano, vacila ante un seto que no puede trasponer. Un compañero fiel le coge á cuestas y trata de llevárselo.

Una bala lo derriba. Otro amigo fiel quiere auxiliarle, y muere también. Charette, falto de aliento y desangrándose, no intenta huir: hace frente al enemigo. Travot se arroja sobre él, le sujeta y le derriba, preguntándole cómo se llama. Un soldado le reconoce, pero todavía duda el general, hasta que el vencido grita:—¡Sí, soy Charette!

Charette está muy débil para andar por su pie. No deja de perder sangre por la herida de la cabeza, y tiene cortados tres dedos de la mano izquierda. Los soldados hacen unas angarillas con ramas de los árboles, y en ellas le conducen á la Chabottorio, pintoresca residencia de aspecto feudal con altos tejados de pizarra.

Como la cocina es el sitio más seguro, por las fuertes rejas de sus ventanas, allí encierran al prisionero con centinelas de vista. Allí se lava las heridas y pone á secar sus ropas llenas de barro. En el revés de la casaquilla, sobre el corazón, lleva bordados tres crucifijos y la cruz de San Luis.

La vía dolorosa.

Al anochecer, algo repuesto de las fatigas, tiene que disponerse para emprender una etapa dolorosa al través de pueblos y aldeas que durante tres años ha recorrido como dueño absoluto. En algunos sitios, al verle pasar escoltado por los *azules*, dan vivas á la República, que él contesta con vivas á su aprehensor Travot.

En Angers hacen noche. Un médico le cura las heridas y le pone el brazo izquierdo en cabestrillo. Al día siguiente se sienta á la mesa de los oficiales, sereno y afable con todos, sin dejar de demostrar su reconocimiento á Travot por el modo de llevar á cabo su misión. En prueba de su gratitud, le deja su espada con empuñadura de nácar. Uno le pregunta por qué se ha dejado prender vivo, y Charette responde con su voz dulce, casi femenina:

—Me he batido por mi religión, y hubiera cometido un grave delito contra las leyes divinas si me hubiese suicidado. Además, quiero probar que no temo á la muerte.

La villa de Nantes, tanto tiempo amenazada por Charette, reclama ser *el teatro de la ejecución del jefe de los bandidos*, y se accede á su petición. El viaje por el río dura catorce horas crueles para el vencido, á quien saludan los cañones al pasar con salvas de artillería.

Al día siguiente de llegar, le someten á un interrogatorio, durante el cual, noblemente, echa sobre sí todas las responsabilidades. Cuando le preguntan cuáles eran sus proyectos al hacer la guerra, responde con sencillez:

—Quería tener un rey y que el Gobierno fuese el que era antes.

Cruel exhibición.

Nadie cree en su captura. Hay quien dice que es uno de sus adeptos, que se ha prestado á ocupar su lugar, y entonces se acuerda exhibir al prisionero, para desterrar toda duda acerca de su identidad.

Para la exhibición del *rey de la Vendée* se organiza un cortejo imponente. Abriendo marcha va un Cuerpo de Caballería, luego 50 tambores, después las músicas de la guarnición, los Granaderos, la Artillería y el Estado Mayor de gala. Detrás camina el prisionero, rodeado de gendarmes á pie, sin ligaduras, con el brazo en cabestrillo y una gran mancha de sangre en el hombro. Cierran la marcha los Cazadores y la Caballería.

La gente se agolpa para ver á Charette, que avanza tranquilo, hablando familiarmente con los que le acompañan; pero al cabo del tiempo, extenuado por la sangre perdida y por las fatigas de las noches y días precedentes, cae medio desvanecido, y tienen que darle un vaso de agua en una tienda. Luego vuelve á seguir la vía dolorosa, diciendo en tono de reproche á los generales que le rodean:

—Si os hubiese tenido en mi poder, os hubiera fusilado inmediatamente.

Camino del suplicio.

Vuelto á la prisión y sentenciado por el Consejo de Guerra á ser pasado por las armas, se dispone lo necesario para la ejecución, mientras él se pasa cuatro horas arrodillado delante de un sacerdote, confesando sus faltas, y llegada la hora, marcha sereno al suplicio.

En una de las calles alza los ojos para dar el último adiós á su hermana, que le saluda desde un balcón agitando un pañuelo. Cinco mil hombres alineados en compactas filas cierran tres lados del cuadro: el cuarto lo forman tapias de jardines. En el centro del imponente cuadro se ve un grupo de generales á caballo, y á poca distancia de las tapias, un pelotón de 18 hombres y un ataúd en el suelo.

El fusilamiento.

Rómpese el cuadro y penetra Charette con paso tranquilo, acompañado del sacerdote. Travot le dirige algunas frases, que el reo escucha con la cabeza baja, y luego se vuelve y abraza dos veces al confesor. En seguida, sin precipitación, sin titubear, va solo á colocarse delante del pelotón de soldados. El oficial le señala una piedra donde debe arrodillarse, pero Charette hace un gesto indicando que permanecerá de pie. Un gendarme le presenta un pañuelo doblado para vendarle los ojos, según la costumbre, pero también se niega. Los que están cerca le oyen recitar el acto de contrición. A una silenciosa seña de mando, los fusiles del pelotón se levantan y suena una detonación múltiple... Charette no cae: permanece de pie unos instantes, luego dobla ligeramente la pierna derecha, su cuerpo se inclina lenta, muy lentamente, apoya un codo en el suelo como para retardar la caída, y al fin, el cadáver se tiende sin estremecimientos, sin sacudidas...

Asombrado el oficial del pelotón, se inclina sobre el cuerpo. Charette está bien muerto: las diez y ocho balas le han alcanzado. Las trompetas y los tambores, hasta entonces silenciosos, suenan y redoblan tocando triunfalmente aires nacionales...

(De una Revista francesa.)

Don Martín de la Carrera

Murió combatiendo.

Una de las figuras más salientes del Arma de Caballería durante la guerra de la Independencia, lo fué el general D. Martín de la Carrera, del que dice Toreno que, «jamás sintió desmayo en su corazón ni flaqueza en su fuerte brazo»; «probólo más que nunca—agrega—en su gloriosa muerte, llorada por los murcianos, oída con dolor por todas las tropas y honrada en fúnebres exequias por D. José O'Donnell, jefe interino del tercer ejército».

D. Martín de la Carrera, que, efectivamente, se había distinguido mucho al frente de sus jinetes en gran número de combates, se hallaba en 1811 en las inmediaciones de Valencia, cuando sitiaban esta plaza las fuerzas del mariscal Suchet.

Su principal misión consistía en distraer á las tropas francesas, habiendo derrotado en varias ocasiones á las del general Harispe.

Engrosado el ejército sitiador y rendida Valencia, La Carrera se retiró á Alicante y Murcia, y en esta ciudad fué donde halló gloriosa muerte.

Había penetrado en ella el general Soult, hermano del mariscal del mismo apellido, y para celebrar lo que consideraba un triunfo, dispuso la celebración de un gran banquete en el palacio del obispo, donde se alojaba.

Tuvo D. Martín de la Carrera noticia del festín y concibió el atrevido propósito de sorprender á los franceses cuando se encontrasen celebrándole, para lo cual dispuso que por diferentes puntos de la ciudad penetrasen sus soldados, debiendo verificarlo él con cien jinetes, por la puerta llamada de Castilla.

Corría el vino en el palacio episcopal, chocaban las copas, entonábanse canciones báquicas, cuando al galopar de la Caballería española, á cuya cabeza iba D. Martín, llenó de sobresalto á los franceses.

Bajó Soult casi rodando una escalera; mas hízole el peligro salir de su aturdimiento y dió las órdenes oportunas para que sus soldados rechazasen á los españoles.

«Vinieron luego á las manos—dice Toreno—con los cien jinetes de La Carrera, que descargando terribles cuchilladas sobre cuantos franceses hallaba al paso, realmente se asemejaba á los fabulosos héroes inventados en las consejas de la Caballería. Sostuviéronle con admirable esfuerzo sus soldados; mas no acudiendo los demás con quienes contaban, uno á uno y oprimidos por el mucho número de adversarios, fueron cayendo á tierra.

»Quedó solo Carrera, contra quien se enderezaron seis franceses, metiéndolo en estrecho círculo; él se defendió bravamente, matando á dos y combatiendo sereno á los restantes, hasta que fué herido de un pistoletazo y de varios sablazos; desangrado y sin aliento, cayó difunto en la calle de San Nicolás.»

Acarca de este hecho escribe Lafuente: «Temerería más que heroica hubiera sido la hazaña de este insigne español si solo, sin auxilio, hubiera pensado en acometerla. Vióse solo sin culpa suya, y no fué el hombre temerario, sino guerrero heroico, que puesto en el trance supo ser ejemplo de valientes y nobles patricios, y que muriendo ganó inmortalidad.»

Captura importante

El teniente de la Guardia civil de Illora, D. Emilio Fernández, con los guardias José Gómez Caballero y Miguel Ruiz Saz, detuvo el día 14 del pasado mes, en la feria de Huétor Tájar, á Antonio García Panadero, vecino de Archidona, el cual confesó que su verdadero nombre era Andrés Colomo Mata, natural de Alcaudete (Jaén), y uno de los autores del asesinato de dos guardias civiles en Valenzuela (Córdoba).

Refirió el detenido que en abril último salió de su pueblo, encontrándose con un paisano, llamado Hilario *el de la Quinquillera*, quien le presentó á *Rebeca* en terrenos próximos á Bujalance (Córdoba), marchando ambos á dicho pueblo, donde se les unió otro sujeto, llamado Benito, saliendo después los tres al campo con objeto de robar, como así lo hicieron, en uno de los días de dicho mes, en el cortijo de Mesa Alta, término de Almodóvar del Río, donde exigieron comida y 500 pesetas, que le fueron entregadas por el dueño de la finca.

Después continuaron cometiendo robos hasta el mes de mayo, en que hallándose de madrugada descansando en una choza del término de Valenzuela (Córdoba), se presentó la Guardia civil buscando una caballería que ellos habían robado la tarde anterior.

Cuando uno de los guardias se disponía á maniatar á Benito, le disparó un tiro el *Rebeca*, cayendo al suelo dicho guardia mortalmente herido, y al tratar de levantarse, le machacó el *Rebeca* la cabeza con una piedra, y que al otro guardia lo mataron entre los tres, valiéndose de piedras y del cuchillo del maúser.

Cometidos estos crímenes, se marcharon el Benito á Bujalance y el *Rebeca* y Andrés Colomo á Alcaudete.

Encontrándose en el camino del Vado, lo vió el ermitaño llamado Miguel y le dijo que lo buscaba la Guardia civil, pues se decía era el autor del asesinato de una pareja de la Benemérita, por cuyo motivo relató al ermitaño todo lo ocurrido, y compadecido de él, lo tuvo escondido en la ermita diez ó doce días, marchándose después á Archidona, donde ha estado trabajando en el campo.

El Colomo ha ingresado en la cárcel, conducido por el teniente Sr. Fernández y varios guardias.

En cuanto tuvo conocimiento el gobernador de este importante servicio, telegrafió al ministro y al gobernador de Córdoba.

El teniente Sr. Fernández y los guardias que le acompañaban en la captura han sido muy felicitados.

Un cadáver en una maleta

Comerciante desaparecido.

Hace algún tiempo, desapareció de su casa, sin que se supiera qué había sido de él, un rico comerciante en cafés, del Estado de San Pablo (Brasil).

Su esposa lamentóse del caso ante sus íntimos, pues, según dijo, la hería cruelísimamente.

La Policía practicó investigaciones, que resultaron infructuosas, y en vista de ello, renuncióse á toda ulterior pesquisa. Sin embargo, un inspector tomó por su cuenta el asunto, y continuó averiguando el paradero del comerciante.

Para ello habló con la mujer de éste, y con gran sorpresa vió que la desconsolada señora no manifestaba un gran interés en saber qué había sido de su esposo. Esto le hizo sospechar, y tras prolijas pesquisas, supo que el desaparecido había sido víctima de un crimen horrible.

Trágica escena.

El inspector fué hace unos días á Río Janeiro y comenzó á espiar á un sujeto de quien sospechaba fuese el autor del crimen.

Dicho individuo tomó pasaje para Burdeos, á bordo del vapor *Cordillere*, y se embarcó, llevando por todo equipaje una pesadísima maleta.

Momentos antes de zarpar el buque con rumbo á Europa, subió á bordo el inspector y dirigióse al puente.

Por él paseaba, dando muestras de gran impaciencia, el sujeto espiado por el inspector.

Este se le acercó, y poniéndole una mano sobre un hombro, le dijo:

—¿Sois Miguel Prades?

El interrogado se estremeció y se puso muy pálido.

—Yo... no... no me llamo así—dijo balbuceando.

—Sí; os llamáis Miguel Prades. Os conozco y vengo siguiéndoos desde San Pablo.

—¿Vos?... ¿Pero vos, quién sois?

—Contestadme.

—Pues bien, sí, soy Miguel Prades. ¿Qué me queréis?

—Que me respondais categóricamente. ¿Sabéis qué ha sido de vuestro patrón, un rico comerciante en cafés, cuyo paradero se ignora?

Prades dió un grito de terror, corriendo como loco, dirigióse á la borda para arrojarse al mar.

Un marinero lo sujetó con fuerza.

—¡Dejadme! —vociferó el desesperado individuo.—¡Quiero matarme!

—¡No le soltéis! —gritó el inspector acudiendo.—¡Es un gran criminal!

Prades fué preso y desembarcado.

—Ahora - ordenó el inspector—tráiganme el equipaje de ese individuo.

A poco subieron al puente dos marineros una gran maleta.

El inspector forzó la cerradura y la abrió.

Un grito de terror se escapó de los labios de cuantos presenciaban su tarea.

La maleta contenía un cadáver espolvoreado con cal molida. El cadáver no tenía cabeza. Estaba desnudo. En el corazón presentaba una gran herida de sanguinolentos bordes.

Volvió el inspector á tierra y entregó la maleta con el cadáver á las autoridades judiciales de Río Janeiro.

Estas procedieron inmediatamente al interrogatorio.

¿Adulterio?

Prades se encerró en un obstinado mutismo. Todos los esfuerzos del juez para hacerle hablar resultaron estériles.

Entonces declaró el inspector. Dijo que, según sus noticias, Miguel Prades y la esposa del comerciante asesinado sostenían relaciones adúlteras.

Un día decidieron matar al infeliz marido.

Y cierta noche partiéronle el corazón de una puñalada, en medio de un cafetal que recorrían ambos.

Cortó la cabeza al cadáver y la enterró luego, metiendo el cuerpo, así mutilado, en una maleta.

Convino con su cómplice en que se reunirían en Europa, y partió para Río Janeiro, con intención de embarcarse para Burdeos.

Así lo hizo, y habría realizado su plan, de no presentarse el inspector que le venía siguiendo desde San Pablo.

La viuda del comerciante, interrogada, dijo que todo era una calumnia infame:

—Si Prades mató á mi esposo—afirmó—yo no lo sé. Lo único que puedo asegurar es que soy inocente.

Las autoridades se encuentran perplejas, pues Prades se obstina en callar y la viuda de la víctima sigue negando toda participación en el crimen.

La reina de los apaches.

Una venganza.

La *Courtille* estaba soliviantada desde que fué presa la *Chiffonnette* y esperaba en Saint-Lazare ser llamada ante el Tribunal.

Se recordará que la sanguinaria *Chiffonnette*, linda joven, pero de perversos sentimientos, con el cuerpo lleno de tatuajes, asesinó el mes último, en el faubourg del Temple (París) á otra joven, que, según ella, había denunciado á su amante á la Policía, como autor de varios delitos.

El detenido fué condenado á cinco meses de prisión, cien francos de multa y cinco años de interdicción, tarifa aplicada á los que, sin podérseles probar ningún delito, caen bajo la sanción de la ley especial sobre vagabundos.

Este hecho debía tener, necesariamente, una segunda parte. La reina de la *Courtille*, elegida por los apaches de Belleville en sustitución de *Chiffonnette*, es una tal Palmira Grignon (a) *Pepé*, de diez y ocho años, y una docena de apaches, tan crueles unos como otros, se disputaban los encantos de la bella Palmira.

Pero *Pepé* no encontraba ningún hombre de su agrado: eran demasiado feos ó demasiado malvados y no la defendían ó si lo hacían era entablando reyertas tan sanguinarias como inútiles.

La nueva reina prefería, cuando llegaba la noche, lejos del boulevard de Belleville, buscar la compañía de Margarita Penin, llamada *Margot la rubia*, por la que sentía un cariño extraordinario, y la que se gastaba con Palmira en las cervecerías el dinero que sus amantes eventuales le entregaban en su entresuelo de la calle de Pierre-Nys.

Pepé había tenido ocasión, hace diez meses, de enriquecerse y contraer matrimonio con un ricacho que estaba dispuesto á correr un velo sobre los primeros pecados de Palmira.

Escuchó al galán, que empezó por comprarle un mobiliario espléndido y la instaló en un hotel.

En menos de dos meses el desgraciado había gastado más de 60.000 francos, y cuando habló de legitimar aquella unión, se echó ella á reir, se marchó y fué á buscar la compañía de *Chiffonnette*, en medio de los apaches de la *Courtille*.

El día 18, en el ángulo de la calle Ramponneau y el boulevard Belleville, Palmira Grignon marchaba en unión de Margarita Penin, cuando un antiguo amante de *Chiffonnette*, Eugenio Dehoux (a) *Loulou*, de veinte años, quiso seguirla, en tanto que un amigo de él, Emilio Lebre (a) *Bello rubio*, se proponía cortejar á *Margot*, pero haciendo el amor como se hace entre apaches: nada de palabras, promesas y juramentos, sino sendos puñales.

—Puesto que la *señora* no quiere venir con nosotros, es que tiene algo sobre la conciencia, remordimientos, y es muy posible que tomase parte en lo ocurrido en el

Temple en contra de la pobre *Chiffonnette*. Pero—añadió el bandido—*Chiffonnette* será vengada. Vamos á cortaros la cabeza; *Beau blond* me ayudará, ¿no es verdad?

Y al decir esto, los cínicos bandidos se precipitaron sobre la mujer, intentando arrojarla al suelo para poner en ejecución su proyecto. Ella se defendía todo lo posible, pero sus esfuerzos resultaron inútiles; cayó á tierra lanzando gritos, y ya se disponían los apaches á ejecutar la sentencia, cuando los inspectores de servicio de la Seguridad, Bourgeois, Eugene y Bezuchet, disfrazados de apaches, intervinieron en el hecho.

La reyerta se complicó extraordinariamente por la llegada de una docena de apaches, que se pusieron de parte de sus compañeros.

El inspector Bezuchet tenía las manos cubiertas de heridas, é iba á sucumbir ante el número, cuando Bourgeois, por un golpe de *jiu-jitsu*, consiguió desarmar al antiguo amante de *Chiffonnette*, mientras el otro inspector conseguía reducir á *Beau blond*.

Más de 2 000 personas se habían congregado alrededor de los combatientes; *Pepé* se había desmayado y hubo que conducirla al puesto de la calle Ramponneau, en tanto que los dos apaches, sólidamente amarrados, eran conducidos al comisariato de Belleville, donde M. Jublin interrogó á *Loulon*, que llevaba una tarjeta postal representando la cabeza de *Chiffonnette* rodeada de puñales y de inscripciones extrañas: «Tú serás vengada, mi *Chiffonnette*. Emplearemos el revólver y el puñal. El vitriolo».

Los dos detenidos han quedado presos para responder de no pocos delitos que se les imputan. Las dos mujeres han quedado en libertad.

En la *Courtille* se cree que este asunto tendrá su tercera parte.

Un buen servicio.

Lo ha prestado la Guardia civil de Cádiz en el descubrimiento de un robo, cometido en la casa núm. 15 de la calle de Barrié.

He aquí cómo lo refiere el teniente de dicho benemérito Instituto, en comunicación que dirige el señor gobernador civil de aquella provincia:

«Enterado el oficial que suscribe, de que en la calle de Barrié, núm. 15, domicilio de Doña María de la Paz Hidalgo y Pérez, viuda de D. José Almisas, se había cometido el día 18 del actual un robo de importancia, consistente en alhajas y dinero, empezó á practicar diligencias en averiguación del autor ó autores de dicha sustracción, auxiliado por el sargento comandante del puesto de esta cabecera, Vidal Alvarez Delgado.

Después de incesantes pesquisas y de desechar varias pistas que al azar había que emprender, pues los autores no habían dejado rastro ni vestigio alguno, se tuvo conocimiento de la presencia en esta población de un ladrón sagaz y ducho en esta clase de delitos, llamado Francisco Fernández Camacho (a) *Zapatero*, el cual figura en el libro de sospechosos de esta demarcación.

Dirigidas las diligencias con orientación á dicho individuo y conocidos los sitios por él frecuentados, se vino á noticia de que sostenía relaciones ilícitas con una mujer de vida airada, llamada Isabel Domínguez, pupila de la casa núm. 40 de la calle Enrique de las Marinas.

Personados en dicho lugar, no negaron esta circunstancia, pero desconocían el paradero de los amantes, pues se habían ausentado hacía unos días, creyendo se marcharon á Alcalá de los Gazules, en donde aquél está avecindado.

Telegrafiado al comandante del puesto de aquella población, participó esta clase no ser esto cierto y sí que el día 10 había salido el Camacho con dirección á ésta, sin haber regresado.

Se volvió á inquirir noticias relacionadas con el hecho, bajo la base, teniendo en cuenta la ocultación del individuo y de su amante, de ser los autores del robo ú otro delito, por lo cual trataban de eludir la acción de la Justicia.

El día 21, continuando las diligencias por las inmediaciones del sitio frecuentado por él, se supo que en la casa plaza de Méndez Núñez, núm. 4, almacén de muebles usados, había comprado dicho individuo varios de éstos el día 18, que coincidían con el que se cometió el robo, entregando por ellos 132,50 pesetas.

Los dejó para recogerlos posteriormente, lo que no había efectuado aún, y que á ambos amantes se les había visto por la calle de Enrique de las Marinas el mismo día 18, buscando casa que alquilar para instalarse, así como que la Isabel estuvo en la noche del mencionado 21 á recoger unas prendas que había dejado en la casa donde estaba de pupila.

Encaminadas las pesquisas para averiguar el paradero de ésta, se llegó á conocimiento de que se alojaba en una accesoria de la calle Posadilla, donde habita una hermana del Camacho, llamada María, de malos antecedentes, que ha sufrido tres años de prisión correccional por robo, casada con Cayetano María de la Merced, también de pésima conducta y que, asimismo, cumplió prisión por el delito de hurto, y seguidamente se contó con la noticia de que el Camacho se encontraba en la Prevención civil sufriendo quince días de arresto, impuesto por su respetada autoridad por escándalo público, infiriéndose de esto que éste, al ser detenido para sufrir la quincena, en evitación de que la Isabel, conocedora del hecho, pudiera denunciarle, la hizo hablar con su hermana y cuñado, para estar á cubierto de una imprudente manifestación que lo delatara.

Con esto coincidió la libertad del repetido Camacho, y detenido por el oficial y sargento mencionado, se le sometió á un detenido interrogatorio, tratando él de demostrar que el día 18, que se cometió el delito, se encontraba ausente; pero puestos de manifiesto los antecedentes ya adquiridos, la compra de los muebles, haber sido visto con anterioridad á esta fecha, instado á que justificara la procedencia del dinero invertido y detalles que se acumulaban en contra de él, con presencia de su amante, hermana y cuñado, y dando por hecho ser el autor del robo que motiva este escrito, el oficial que informa, en unión del sargento, reconstituyeron á su presencia la forma y modo en que se había cometido, asintiendo en un principio de que en parte teníamos razón; y estrechado á preguntas, concluyó confesándose autor del robo que se perseguía, añadiendo que las alhajas y dinero se las había entregado á su cuñado, para que las escondiera.

Este negó esta manifestación, pero después de carearlos, confesó que todo ello lo había entregado para guardarlo en un baratillo establecido en la calle de Sagasta, número 78. Personados los instructores en este lugar, negó en principio el encargado de la tienda, Salvador Moreno y Caucedo, pero después señaló en el techo una olla enmohecida y cubierta de polvo, que estaba colgada de una viga entre los infinitos cacharros viejos que allí pendían.

Examinada la olla, se encontró en su interior un pañuelo de bolsillo que envolvía las alhajas y dinero robado, todo lo cual se intervino y detalla á continuación:

Un reloj de oro con un pensamiento en la tapa y seis diamantes, y unido á él, una cadena del mismo metal y larga como para colgarla del cuello.

Una pulsera de oro macizo con 37 brillantes.

Otra pulsera, también de oro macizo, con 11 brillantes grandes y dos diamantes en los extremos.

Un imperdible de cristal de roca formado por tres semiesferas, unidas por aros gruesos de oro con otras tres semiesferas por colgante, y en ellas, incrustadas, cuatro rosetas y dos rosas de oro, 26 rubíes, dos esmeraldas y cuatro diamantes pequeños.

Un medallón guardapelo de oro con una mariposa con 33 perlas y 10 turquesas.

Una cruz colgante como de 10 centímetros de largo, una rama en ella, también de oro, y cuatro perlas.

Un par de zarcillos de oro macizo con ocho diamantes cada uno y dos perlas gruesas de colgantes.

Otro par de zarcillos solitarios, de oro, formados por dos brillantes grandes y dos pequeños.

Dos aretas de oro con 16 brillantes una y 15 la otra.

Un imperdible de oro figurando un leopardo, con una perla.

Otro imperdible con un diamante grande en el centro y 13 brillantes alrededor.

Un imperdible de oro filigrana con más de 300 perlas pequeñas.

Dos pendientes zarcillos de oro filigrana con colgantes y más de 100 perlas pequeñas.

Un dije colgante de oro con una amatista grande.

Una pulsera de oro barbada con eslabones de 6 centímetros de diámetro.

Otra pulsera, también barbada, de oro, con una moneda colgante de la jura de Isabel II.

Dos pendientes formados por dos perlas grandes.

Un medallón de plata sobredorada con las iniciales A. G. A. R., y seis billetes de 100 pesetas, cinco de 50 y cinco de 25.

Estas alhajas han sido reconocidas por su dueña, y hallado entre los billetes intervenidos uno que esta señora había señalado con el nombre de Leoncio, que es el que se lo había entregado en pago de un alquiler.

Además, han quedado en depósito, en poder de la dueña de los muebles, las 132,50 pesetas que le entregó el Camacho.

El valor de las alhajas, según cálculo aproximado, es de unas 12.000 pesetas.

En el atestado, que ha sido instruído á medida que se practicaban las diligencias, figuran las declaraciones del autor, cómplices y encubridores, así como la forma en que se cometió el robo.

Las alhajas y dinero fueron extraídos de una cómoda de la habitación contigua á la alcoba de la dueña, habiendo tenido para ello necesidad de buscar ocasión en que abrieron la puerta, esconderse en el patio y allí esperar á que la señora y criada se encontraran en el segundo piso; subir entonces al primero, reconociendo las habitaciones y muebles, y dando con el sitio en que se hallaba lo robado, saliendo de la casa seguidamente sin ser visto por nadie.

El autor, según manifiesta, ha sufrido ya cuatro condenas por varios delitos de robo y hurto, que suman en total veintidós meses de prisión, y tiene veinte años de edad.

Tanto éste como el cuñado, amante y encargado del baratillo han ingresado en la Prevención civil, á disposición del señor juez de instrucción de este partido, á quien entrego el correspondiente atestado, con alhajas y dinero intervenidos.

Dios, etc.»

El señor gobernador civil ofició al señor primer jefe de la Comandancia, manifestándole su complacencia por el importante servicio prestado por el teniente Buscató y sargento Alvarez Delgado, encargando se les den las gracias y se anote este hecho, si así procede, en sus respectivas hojas de servicios.

Una mujer que asesina

La cabra tira al monte.

Dos divorciados, Gabriel Furet y Elisa Guerin, habíanse unido libremente hace nueve años y vivían en las cercanías de Cognac.

El tenía entonces veintiséis años y ella treinta y cuatro. De esta unión resultaron dos hijos. Herrero él de oficio y hábil, encontró trabajo en París en la calle de Saussure, en Batignolles, y el matrimonio ilegal con su prole tomó un piso en el número 14 de la calle Salneuve.

¡Traición!

El dinero no faltaba en la casa; pero á pesar de ello, la felicidad no era completa. Ganaba él de ocho á diez francos por día; pero ella estaba deseando que su amante marchase al trabajo para dedicar el día á pasearse. Estas salidas se fueron haciendo más frecuentes y no bastando á ellas las horas ordinarias, bajo diferentes pretextos se ausentó dos y tres días. Por último, una tarde comunicó á Gabriel su deseo de permanecer quince días con su hermana para cuidarla. Una correspondencia hábilmente sostenida hizo que el amante no pudiese sospechar que el viaje era una superchería.

Hace cuatro meses, Elisa anunció de nuevo que pensaba hacer otro viaje, por haberle rogado que aceptase una plaza de ama de llaves con una familia que pensaba marchar á una finca de las cercanías de Grenoble.

El amante recibió pocos días después una colección de tarjetas postales.

Uno de los útimos días, Elisa se presentó en el domicilio de su amante, mostrándose satisfecha y llevando consigo infinidad de maletas y baules que subió un mozo de cuerda, no sin protestar de tanto peso.

—Luego entonces—dijo Gabriel—¿todo ha marchado bien?

—Sí... ¡Cómo he pensado en ti! ¡Cuánto me aburría sola! Para distraerme he trabajado bastante.

Y al decir esto, echaba sobre la mesa un puñado de monedas de oro, que el honrado herrero tomó, ignorando su verdadera procedencia.

Los amantes habían continuado su existencia en común, cuando cayó en manos de Furet una carta con el sello de Besançon. El marchó á su trabajo. Por el camino la abrió y leyó su contenido nerviosamente.

Un relojero del barrio, natural de Besançon y amante de Elisa desde hacía algún tiempo, le recordaba en términos calurosos y sugestivos las horas de amor y de placer que habían pasado juntos.

Cuando regresó á su domicilio Furet, no dijo una palabra; pero apenas si probó bocado, y al terminar dijo á Elisa:

—Puesto que *allí* te ha ido tan bien, puedes volver, porque aquí no te necesito.

—¡Está bien!—respondió ella—. Partiré.

El crimen.

Efectivamente, Elisa Guerin hizo su equipaje, colocando maletas y baules en el comedor y llenándolas con sus ropas y efectos.

Por la noche, como Foret se acostase á las nueve, sintiéndose ella indispuesta se levantó en camisa y marchó á la cocina á hacer una taza de té, y estuvo manipulando en los cacharros hasta que Foret se quedó dormido.

Ella no esperaba sino el momento oportuno para poner en ejecución su plan, el más execrable de los crímenes.

Según costumbre, el herrero había dejado el revólver en la mesa de noche, y cuando Elisa se convenció de que el amante dormía, se acercó sigilosamente y disparó dos veces sobre Gabriel. La primera bala entró por el lado izquierdo de la cabeza y salió por el ojo derecho. El segundo disparo hizo también blanco.

Era aún de noche, pero al ruido de las detonaciones se habían despertado los vecinos.

Después de haber tirado el revólver sobre el jergón, Elisa abría una ventana y montaba á horcajadas.

La puerta de la habitación se abrió de pronto, y el herido, con un supremo esfuerzo, se deslizó por la escalera, yendo á caer falto de fuerzas delante de la habitación del portero.

—¡Ah! Os lo suplico—decía el herido con voz quejumbrosa y entrecortada.—Viene á asesinarme. Tiene todavía el revólver...

Después el infortunado perdió el conocimiento y se le trasladó al hospital Beaujon, donde los médicos dijeron que su estado era desesperado.

La mujer huyó, refugiándose en casa de un cochero que vivía en el mismo inmueble y allí fué detenida.

Guerra de la Independencia

Recuerdos de hace cien años

Durante la época de nuestra lucha por la Independencia, el Ejército español se aumentó considerablemente por las exigencias de la guerra.



Uniformes de soldados españoles en 1808 (Dibujo de Banda).
1. Grupo de cinco soldados de línea.—2. Caballería de línea.—3. Soldado de Infantería.—4. Un lancero.

Después de la muerte de Carlos III, eran pocas las reformas que se habían introducido en el Arma de Caballería. En 1793 se crearon los Carabineros de María Luisa, y en el mismo año se aumentaron en cada uno de los 12 regimientos existentes, 20 plazas montadas por compañía, sobre las 40 de que constaban, quedando en tres escuadrones de á tres compañías con 60 plazas. En 13 de junio del año ya citado se agregaron á cada compañía un sargento, dos cabos y dos carabineros.

En 7 de julio de 1794 hubo un nuevo aumento, dándose 10 hombres más armados á cada compañía, un primer teniente con grado de capitán y sueldo de 500 reales mensuales.

Cada compañía se formó entonces de 70 plazas montadas, incluyendo en ese número á tres sargentos.

En 1795, el Arma de Caballería se componía de 16 regimientos de á 12 compañías, repartidos en 48 escuadrones, formando un total de 5.440 caballos, hasta que se firmó la paz.

Por Reglamento de 30 de enero de 1803, cada regimiento se formó de cinco escuadrones de á dos compañías, y éstas cada una de un capitán, un teniente, un alférez, un sargento primero, dos segundos, un trompeta, cuatro cabos primeros, cuatro segundos, cuatro carabineros, 38 soldados montados y 13 desmontados (entre estos últimos, un herrador). De modo que cada compañía quedó con 67 hombres y 54 caballos; cada escuadrón, con 134 hombres y 108 caballos; cada regimiento, con 670 hombres y 540 caballos.

La plana mayor la formaban un coronel, un teniente coronel, un sargento mayor, cinco ayudantes, cuatro portaestandartes, un capellán, un cirujano, mariscal mayor montado, trompeta de orden montado, picador, sillero y armero.

El Reglamento de 1803 suprimió los dragones, convirtiéndolos en cazadores á caballo y húsares, quedando la Caballería organizada en la siguiente forma:

Regimientos de línea: Rey, Reina, Príncipe, Infante, Borbón, Alcántara, España, Algarve, Cataluña, Santiago, Farnesio y Montesa, que llevaban los números 1, 2, 3, 4, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 6 y 12, respectivamente.

Cazadores á caballo; Rey, Reina, Almansa, Pavía, Villaviciosa y Sagunto, con los números 1 al 6.

Húsares: Numancia, Lusitania, Olivenza, Voluntarios de España, María Luisa y Españoles, con los números 1 al 6.

Después de esta reforma, que ocasionó no pocas discusiones, concluyó por reconocerse el error cometido al suprimir los Dragones, y por Real orden de 30 de enero de 1805 reaparecieron de nuevo, pasando á serlo los seis regimientos de Cazadores, más Numancia y Lusitania.

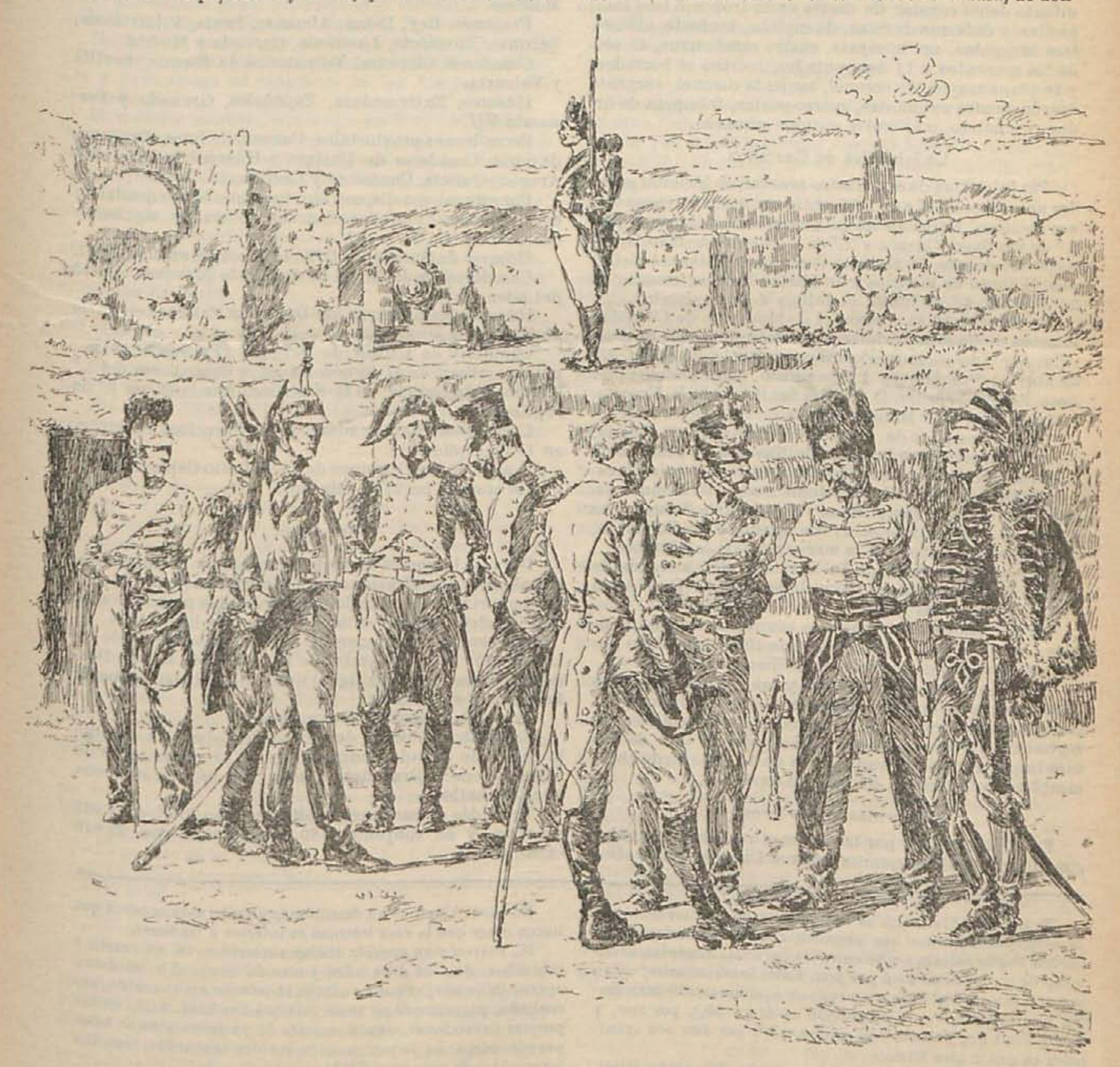
El uniforme consistía en casaca, forro, cuello, chaleco, calzón y capote amarillo limón; vuelta con portezuela y cuatro botones; ojales en la solapa; laurel y sable recto en el cuello y botón blanco de cabeza de turco; cartera á lo largo en los faldones á la valona, con cuatro botones.

Los regimientos se distinguían unos de otros por el color de la solapa, cuello y vivos, que eran carmesí en el Rey, encarnado en Reina y Pavía; azul celeste, Almansa; verde, Villaviciosa y Sagunto, y negro, Numancia y Lusitania.

La Caballería quedó formada entonces por los 12 regimientos de línea, Cazadores de Olivenza y Voluntarios de España y Húsares de María Luisa y Españoles.

Creaciones durante el año 8.

Llegó el año 1808, y á impulsos del entusiasmo por arrojar del suelo patrio á los intrusos, se crearon gran número de escuadrones, casi en todas las provincias de España. Así tenemos en Dragones los de Cáceres, de don Agustín Sánchez, creados en 1.° de julio de 1808; los de Castilla, de D. José Taberner, en 1.° de agosto; los de Madrid, de D. Manuel Freira, en 15 de septiembre; los de Granada, de D. Manuel de la Cruz, en 29 del mismo mes. Escuadrones de línea: el de Voluntarios de Sevilla, del marqués de Albentos, creado en 1.° de junio de 1808; de Ciudad Rodrigo, de D. Antonio Reguillón, en 4 del mismo mes; los Carabineros Reales de Extremadura, de don



Uniformes de jefes y oficiales del Ejército español en 1808 (Dibujos de Banda).
1. Dragones.—2. Artillería.—3. Coraceros.—4, 5 y 6. Jefes y oficiales de Infantería.—7. Lanceros.—8. Granaderos.—9. Húsares.

Gregorio Laguna, en 7 de septiembre; los Perseguidos de Andalucía, antes fuerzas unidas, de D. Fernando Ayala, en 14 del mismo mes, y el 2.° de Alcántara, del marqués de Gelo, en 28 de octubre.

De Cazadores, se crearon: el de Granada de Llerena, de D. José Pineda, en 28 de mayo; Maestranza de Valencia, después Cazadores de Valencia, de D. Antonio Ramos, en 1.° de junio; el de Sevilla, de D. Juan Espinosa, en 11 de Julio de 1808; el de Fuensanta, de Domingo Vasallo, en 1.° de agosto; el del Sagrario de Toledo, antes Voluntarios de Trujillo, de D. Jerónimo Puig Amigó, en 28 de septiembre del mismo año.

De Lanceros: el de Utrera, de D. Cayetano Sanabria, creado en 25 de mayo; y de Húsares: el 1.° de Extremadura, de D. Agustín Sánchez, en 15 de julio; el 2.° de Extremadura, de D. Rafael Mariano, en igual fecha; el de Granada, del marqués de Campo Verde, en 18 de julio, y el de Fernando VII, antes Granaderos de Fernando VII, del conde de Fernán Núñez, en 12 de noviembre.

Por Real orden de 1.° de octubre de 1808, cada regimiento debía constar de cuatro escuadrones á tres compañías, y cada una de éstas, de capitán, teniente, alférez, tres sargentos, un trompeta, cuatro carabineros, 42 soldados montados y 11 desmontados, incluso el herrador, y la plana mayor, de coronel, teniente coronel, sargento mayor, cuatro ayudantes, cuatro portas, trompeta de orden, timbalero, mariscal y picador montado.

La iniciativa de Castaños.

Por iniciativa de este ilustre general, se hicieron grandes aumentos en el año 1809, entre otros, cuatro escuadrones de línea, llamados de la Cruzada de Alburquerque, 2.° de Santiago, Cuenca y 2.° de Algarve, que mandaron, respectivamente. D. Gabriel Corrales, D. Manuel Sisternes, D. Juan de los Ríos y D. Carlos Tassier, creados en 20 de abril, 1.° de junio, 14 julio y 8 de noviembre.

De Cazadores: se crearon el de Montaña, de Córdoba; Francos de Castilla, primer escuadrón; Francos de Castilla, segundo escuadrón, y Navarra, en 1.° de enero, 1.° de abril, 1.° de mayo y 1.° de agosto, mandándolos don Juan Blasco Negrillo, D. Rafael Santisteban, D. Francisco del Aguila y D. Manuel Gurrea.

De Húsares, los de Aragón, Cataluña, Rioja, Iberia, Navarra (antes Corso terrestre de Navarra) y Francos de Castilla. Mandaban estos escuadrones D. Joaquín Navarro, D. Luis de Creef, D. Bartolomé Amor, D. Manuel Armijo, D. Francisco Javier Mina y Piemand de Beruete. Las fechas de creación fueron: 1.° de agosto, 5 de diciembre, 15 y 29 de noviembre, 18 de marzo y 1.° de septiembre.

Lanceros: de Jerez de la Frontera, del marqués de Campo Real, en 19 de abril, y de Sevilla, de D. Vicente Planchón, en 29 de julio.

En el mismo año de que nos ocupamos se creó también, en 19 de julio, el escuadrón de Dragones 2.° de Lusitania, que mandó D. Francisco Chaperón.

Las necesidades de la guerra y las grandes pérdidas experimentadas en los numerosos combates con los franceses, hicieron que sufriesen grandes modificaciones los regimientos y escuadrones creados, siendo una de las más importantes la llevada á cabo en 15 de julio de 1809, también por iniciativa del general Castaños.

Reformas posteriores.

En el año 1810, y por las mismas razones apuntadas con anterioridad, se crearon nuevos Cuerpos, entre ellos los Húsares de Galicia, de D. Francisco Malú, en 1.° de enero; los Húsares de León, de D. Nicolás Salvador, y los de Guadalajara, de *El Empecinado*, en 1.° y 22 de febrero; los Cazadores de la Mancha, de D. Francisco Abad, alias *Chaleco*, en 30 de marzo; los Granaderos del 4.° ejército, vulgo Witingham, de D. Juan Manuel Pereiro, en 29 de abril, y los Coraceros Españoles, de D. Juan Malatz, y Lanceros 1.° de Castilla, de D. José Martín, en 24 y 27 de mayo, y los Cazadores de Ubrique, de D. Gregorio Fernández, en 22 del mismo mes.

En este mismo año quedaron extinguidos los Voluntarios de Ciudad Rodrigo, y Cazadores de Fuensanta, refundiéndose el primero en el regimiento de la Reina y el segundo en el batallón de desmontados del Infante.

El Consejo de la Regencia en Cádiz, con fecha de 6 de abril de 1811, publicó el número y nombre de los regimientos que habrían de formar el Arma de Caballería:

De línea: Rey, Reina, Príncipe, Infante, Borbón, Farnesio, Alcántara, España, Algarve, Calatrava, Santiago y Montesa.

Dragones: Rey, Reina, Almansa, Pavía, Villaviciosa, Sagunto, Numancia, Lusitania, Granada y Madrid.

Cazadores: Olivenza, Voluntarios de España, Sevilla y Valencia.

Húsares: Extremadura, Españoles, Granada y Fernando VII.

Escuadrones provinciales: Cuenca, de línea; Dragones de Soria; Cazadores de Ubrique y Húsares de Cataluña, Aragón, Galicia, Cantabria y Castilla.

Por esta misma disposición, los regimientos quedaban con tres escuadrones, creándose además los siguientes cuerpos:

Húsares de Burgos, de D. Juan Sánchez, en 6 de abril.

Cazadores de Jaén, de D. Bernardo Márquez, en 15 del mismo mes.

Húsares Numantinos, de D. Julián Palarea, en 26 de abril.

Cazadores de Madrid, de D. Ignacio Palleja, Provisional de Galicia, de D. Simón Manso, y Granaderos del 4.° ejército ó de Galicia, de D. Francisco Ramonet, en 1.° de septiembre.

Lanceros de Extremadura, de D. Francisco Taberner, en 18 de septiembre.

Y además los Dragones de D. Antonio Caporredondo, que se crearon en 22 de febrero.

Resumen.

Durante la guerra de la Independencia se introdujeron algunas modificaciones en los uniformes; pero fueron sin importancia, pudiendo decirse que las prescripciones de 1802 sirvieron de norma á los Cuerpos hasta 1815.

En resumen, el número de Cuerpos creados desde junio de 1808 hasta diciembre de 1811, fueron: seis de Dragones, 10 de Cazadores, igual número de Húsares, dos de Lanceros y 11 de línea.

Además, 22 escuadrones sueltos.

En total, el número de fuerzas de Caballería durante la guerra de la Independencia fué de 39 regimientos de línea, ligera y Dragones, ó sean 138 escuadrones con 19.613 caballos.

Veintidós escuadrones sueltos con un total de 3 005 caballos, y en conjunto, 160 escuadrones con 22.618 caballos.

El alienista Fluit, que ha hecho diversos estudios acerca de la criminalidad, dice que abundan entre los criminales los zurdos. Según cálculo hecho entre las personas honradas, el número de zurdos es de un 6 por 100. Entre los criminales, un 19 por 100 son zurdos. Pero no terminan aquí las estadísticas. Entre los incendiarios, la proporción es de un 28,5 por 100, y añade Fluit que de cada 100 zurdos, 31,6 por 100 son criminales en una ú otra forma.

Como esto no pasa de ser un cálculo del citado Fluit, basado en no sabemos qué, á él dejamos la responsabilidad de las estadísticas y proporciones que damos á los lectores.

En Saint-Ouen se ha descubierto uno de esos sucesos que hacen creer que la raza humana es inferior á las fieras.

M. Perron y su querida tenían encerrados en un cuarto á dos niños, uno de doce años y otro de cinco. No les daban apenas de comer; el menor estaba encerrado en una cajita, encanijado, parecía que no tenía más que dos años. Sucio en sus propias deyecciones, estaba comido de parásitos y no se comprende cómo no hayan muerto las dos criaturitas, tras tan largo plazo de esta inicua vida.

Esfuerzos grandes ha tenido que hacer la Policía para que el vecindario, indignado, no haya matado á los criminales.

El asesinato del duque de Berry

Uno de los crímenes políticos que registra la historia es el del duque de Berry, hecho que difícilmente podrá olvidarse, por las circunstancias que concurrieron. Por uno de los muchos contrastes de la vida, la orquesta de la Opera dejaba oir sus acordes, mientras el duque agonizaba en una de las habitaciones del teatro.

⁂

«Los aliados están en París; los Borbones, restablecidos; el emperador ha abdicado...»

Esta noticia, que circuló en Metz en abril de 1813, provocó el estupor, la efervescencia y el choque de opiniones y comentarios.

En la calle de Ponty Groid, en casa del bodegonero Henry, mientras se bebía y se discutía, un hombre, de corta estatura, de aspecto burgués y de unos treinta años, permanecía como preocupado y taciturno. Se llamaba Luis y su apellido era Louvel.

Hacía tres meses que estaba empleado en casa de Woirhaye, maestro sillero, mostrándose sobrio, trabajador y poco amigo de mezclarse en las juergas de sus compañeros.

De carácter sombrío, ¡concentró en sí su indignación. Su instinto patriótico se revolvió, indignándose de ver á la Francia invadida por un rey impuesto por el extranjero y al emperador abandonado, traicionado de los suyos.

«Cuando se ha tomado el partido de un hombre, aunque sea un bandido, no se le debe abandonar.»

Lo que exasperaba sobre todo al compañero Luis eran los emigrados, que volviendo de Prusia ó de Holanda ocupaban la ciudad con alegría para reemprender el camino de París.

La cólera del sillero llegaba á su límite; quería herir, dar ejemplo. ¿En quién? En la cabeza ¿Sería por eso asesino? No. Realizaría un acto de justicia.

Una idea se fijó en el cerebro de Louvel: dirigirse á Calais, donde el rey desembarcaría y donde quizá ..

Era tarde. Luis XVIII se encontraba ya en París y era preciso dirigirse á la capital; y emprendió el camino á pie.

Creyó, indudablemente, que encontraría á París de duelo. Nada de eso. En la capital de Francia todo eran fiestas y alegría Se celebraba la vuelta de la paz.

En los boulevares y en el pasaje Feydeau se veían caricaturas, imágenes grotescas representando á Bonaparte como usurpador, como ogro de Córcega.

Queriendo ver al emperador, se dirigió á Marsella, donde embarcó, llegando á Porto Feirajo.

En la isla de Elba.

Rondando alrededor de la ciudad imperial, Louvel encontró á un amigo suyo, Chauvin, palafrenero del emperador, que había llegado con sus dos hermanos.

Por recomendación de éste entró en los talleres de Vicent, donde había bastante trabajo.

Napoleón, sabiendo por su Policía que había llegado un nuevo obrero, se dirigió á los talleres á conocerle. Habló con él y Napoleón le interrogó:

—¿El pueblo qué dice?

—El pueblo se ha sometido.

—¿Y cuál es su pensamiento?

—No lo sé.

—¿Y del emperador qué se dice?

—No sé nada.

Napoleón le volvió la espalda y se marchó.

Pronto se preguntó Louvel qué había ido á hacer á la isla de Elba. Se aburría. Hablaban en italiano. Se conspiraba. Los soldados se instruían y se decía en voz baja que la marcha sería el 15 de noviembre.

En esto Louvel fué despedido con el pretexto de que el trabajo había disminuído notablemente y había que hacer algunas economías. Se depidió de algunos compañeros y tomó pasaporte para Livorna.

Pero si volvía á Francia se alejaba del emperador.

De Livorna, Louvel marchó á Pisa, fué a Roma y á Génova, Turín y otras poblaciones, llegando por Nochebuena á Chambéry.

El 2 de marzo le sorprendió trabajando en casa de un tal Manger. Al oir los movimientos de tropas hacia Grenoble, quiso marcharse. pero el dueño se lo impidió con el pretexto de que había que terminar un trabajo urgente. No hizo caso del patrón, y abandonando las herramientas y sin cobrar su sueldo, Louvel se marchó.

Llegó á Grenoble el 8 de marzo por la noche. Por la mañana, Napoleón, aclamado, había pasado revista á su ejército y había marchado á Lyon. Allí encontró nuestro hombre á Vicent, que había llegado para comprar un carruaje, y con él Chauvin, Langlois, todos de la isla de Elba El sillero entró triunfante en París con la Casa del emperador.

Se necesitaba un hombre de buena voluntad.

Louvel marchó.

Obsesionado.

Sin empleo, Louvel se instaló en París en casa de su hermana Teresa, calle del Pan, núm. 19.

¿Por qué estaba taciturno Louvel? En vano su hermana trató de adivinarlo. Se le proporcionó trabajo, cuyo rendimiento le daba, con exceso, para cubrir sus necesidades.

Louvel no cesaba de preguntarse á quién debía herir: ¿al rey? ¿á su hijo?

Una ocasión providencial se presentó en junio. Louvel fué encargado de llevar los carruajes á Fontainebleau para el matrimonio del duque de Berry con una princesa de Nápoles.

Ocultó con mucho cuidado el arma que tenía preparada. Vió á los príncipes, se colocó en primera fila, pasaron rozando con él y, sin embargo, no realizó el atentado.

Detrás de él salían entusiastas aclamaciones.

Pasó tiempo. Louvel continuaba con su obsesión, pero le repugnaba el asesinato.

Para acechar al príncipe le parecía que lo mejor era la caza. Louvel asistió ó siguió de lejos más de cincuenta, en Saint-Germain, Rambouillet, Saint-Cloud. Procuraba informarse con antelación y marchaba á pie, por no permitirle sus recursos otro medio de locomoción.

Llegó 1820. El carnaval se aproximaba. Louvel, con su monomanía de siempre, fué á visitar á su hermana menor, Francisca Martial, corsetera, que vivía en el número 11 de Neuve Saint-Croix. Allí permaneció un buen rato, sin contestar apenas á las preguntas de su hermana, hasta que levantándose de pronto exclamó:

—No se encontrará un hombre capaz de sepultar un puñal en el corazón de un Borbón.

Y diciendo esto salió de la casa, dejando á su hermana estupefacta.

En la calle de los Molinos se detuvo en casa de su antigua amiga Vaequelin, la frutera, se sentó en la tienda con la mirada fija en el suelo y sin pronunciar palabra. Una cliente, intrigada, trató de mirar á Louvel, y éste levantándose la dijo:

—Miradme bien, porque será la última vez.

El domingo se daba un espectáculo extraordinario en la Opera. La familia real no podía faltar. En noche de fiesta la vigilancia sería más difícil. Louvel adoptó un plan.

Después de haber paseado por los bulevares entre las máscaras, siguió por la calle de Richelieu, deteniéndose por último ante la Academia Real de Música.

En los muros había el siguiente cartel:

DOMINGO 13
COMO EXTRAORDINARIO:
EL CARNAVAL DE VENECIA.
EL RUISEÑOR.
LAS BODAS DE CAMACHO.

¿Vendría la familia real?

El espectáculo empezó. Eran las ocho. Pero las carrozas no llegaban por el sitio que él esperaba. Se dió un toque de atención. Formaron los soldados en dos filas apretadas y así no pudo llegar.

Adelantó al vestíbulo. Louvel sacó el puñal, ocultándolo en la manga, quiso adelantarse, pero sus rodillas se doblaron y los pies se negaron á obedecer á su voluntad.

Cuando se rehizo era tarde.

—A las once menos cuarto—había dicho una voz al cochero.

Pensando en esto, salió á la calle, repitiendo á cada paso:

—¡A las once menos cuarto! No, no puedo: esto haría que me acostase demasiado tarde.

Se dirigió á su domicilio. La puerta estaba cerrada y no se atrevió á llamar. La idea del crimen le perseguía, era preciso acabar. ¿Volvería á presentársele otra ocasión? Louvel retrocedió. Entró en un café y se bebió un vaso de ron; lentamente se encaminó de nuevo á la Opera. Allí permanecían las carrozas reales.

El crimen.

Dieron las diez y media. Los minutos transcurrían con velocidad. Las once menos veinte. Por último, la puerta se abrió y el conserje hizo señal á las carrozas para que avanzasen.

Louvel atravesó la calle y se situó detrás de uno de los funcionarios de la Policía. No había ni curiosos, ni soldados.

Apareció la duquesa de Berry dando la mano á su marido; detrás marchaban M. Mesnards y los ayudantes.

Se abrió la portezuela de la carroza y subió la duquesa. El quedó de pie diciendo:

—Adiós, Carolina; nos veremos pronto.

En el mismo instante avanzó Louvel clavando su puñal. La escena fué tan rápida que nadie pudo evitarlo.

—¡He sido asesinado!

Mesnards y Clermont le recibieron en sus brazos. Choiseul y otro funcionario se lanzaron en pos del asesino.

Louvel, en lugar de seguir la calle Lilli, desierta y sombría, volvió sobre sus pasos, esperando ocultarse entre la muchedumbre.

Fué descubierto y á pesar de la lucha que sostuvo, quedó detenido, conduciéndosele á la Opera. Al entrar vió al duque sobre una banqueta y cerca de él á su mujer, con el traje blanco salpicado de sangre.

Louvel no tardó en hablar. Detestaba á los Borbones, eran los mayores enemigos del país.

Llegaron el comisario de Policía, el ministro, el conde de Anglis. Mesnards enseñó el puñal, que el mismo príncipe arrancó de su herida. Louvel fué conducido al primer piso, á la antecámara de la administración, donde se le interrogó.

Una sola cosa emocionó á Louvel. El príncipe había pedido que se le perdonase; pero pronto recobró su impasibilidad.

Alguien preguntó á Louvel si el puñal estaba envenenado.

—No, yo no he envenenado, ni he hecho envenenar el arma; pero no tardará en morir: el golpe ha sido certero.

En efecto, el duque fué conducido en una butaca á uno de los salones inmediatos á la administración. La tardanza de los médicos era desesperante, y la duquesa hizo lo posible por sustituirlos. Por fin llegaron los doctores Bougon, Lacroix y Dupuytran y también el conde de Artois, el duque de Angulema y su mujer. Se organizó un lecho como se pudo, llevándose colchones y sábanas.

A todo esto, Luis XVIII fué detenido en el palacio. Podía tratarse de una conspiración y peligrar la vida del monarca.

A las cinco y media, los médicos anunciaron la agonía. El rey pudo llegar por fin cerca de su sobrino, que le dijo con voz apagada:

—¡Gracia para ese hombre!

Media hora después había concluído todo.

El castigo.

El 14 de febrero, al día siguiente del asesinato, el asesino, el sillero, fué conducido al Louvre al departamento del gobernador. Cinco habitaciones cubiertas de negro conducían á la capilla ardiente donde fué expuesta la víctima, frente al puente de las Artes.

Ya cumplida su misión, Louvel se mostró firme, satisfecho, insensible á los reproches que le dirigían.

El 3 de junio, después de ciento catorce días de prisión, fué conducido Louvel á Luxemburgo. A las diez compareció ante sus jueces. Las tribunas estaban llenas; en una de ellas, todos los embajadores.

Las sesiones, presididas por Dambray, duraron dos días. Louvel se sentó en el mismo banco que había ocupado Nez cinco años antes. El abogado Bonnet trató de demostrar que el acusado era irresponsable. El 6 de junio fué condenado á muerte y la ejecución debía verificarse el día siguiente.

El sillero pidió sábanas finas para pasar la última noche y una buena cena. Después declaró que cuando transcurriesen cincuenta años, su crimen sería considerado como un beneficio; luego exclamó:

—¡Cuánto tarda mi carruaje en venir!

Pero cuando á las cinco y media se le anunció que estaba la carreta, sus mejillas palidecieron y las piernas se negaron á sostenerle.

¿Esperaba que en el último momento sería indultado?

Robo á un guardia civil

El suceso ha ocurrido en el Puerto de Santa María.

He aquí cómo lo refiere el primer teniente del benemérito Instituto D. Eusebio Salinas, en oficio dirigido al señor gobernador civil de Cádiz.

«Excmo. Sr.: En la tarde de ayer (el oficio tiene fecha 15 de septiembre) me fué participado por el cabo comandante del puesto de esta cabecera, Francisco Madrid Expósito, que en ocasión en que se encontraban los guardias segundos Manuel Puyana Acedo y Silvestre Cañizar Martín en el almacén situado en la calle Cielos, propiedad de D. Emilio Díaz Dozal, ajustando con el dependiente el importe de la compra que habían efectuado, hubo de poner el guardia Cañizar un billete del Banco de 50 pesetas encima del mostrador, para que se cobrara la cuenta, observando á los pocos momentos que el billete había desaparecido, infundiéndole sospechas el vecino de esta ciudad que se encontraba presente Julio Suárez Márquez, el que al darse por aludido de lo que sucedía manifestó deseos de que le reconocieran, para satisfacción de la expresada pareja y se convencieran de que él no era el autor, y como quiera que se trataba de persona de no muy buenos antecedentes, lo efectuaron, dando por resultado encontrárselo en el forro de la gorra, que lo tenía descosido, siendo detenido dicho individuo y puesto á disposición del señor juez de instrucción, previo el oportuno recibo.»

Ladrón y asesino

El servicio de la Seguridad detuvo el día 20 del mes anterior, en París, en la calle de Duris, á un tal Alberto Kazel, de veinticinco años, tornero, domiciliado en la calle de los Amandiers.

Este individuo tenía como querida á una señora Schuriz, y amenazándola en ausencia de su marido, le robó objetos de valor, que posteriormente fueron encontrados. El marido supo su infortunio y conoció al autor de su deshonra, jurando vengarse.

Abordó á Kazel en el boulevard Belleville y discutieron acaloradamente; pero el ladrón y adúltero se anticipó á su enemigo y sacando un cuchillo, lo clavó varias veces en la espalda del marido de su querida.

En estado muy grave fué conducido al hospital, y el agresor al Depósito, para ser juzgado de su doble delito.



Uno de los arqueros que rodeaban su hoguera, irritado de tanto valor, le clavó su lanza, de cuya ancha herida salió la sangre á borbotones, y el noble Herrezuelo expiró con calma heroica.

Algunos reconciliados y condenados á llevar perpetuamente el sambenito de lienzo con la cruz de San Andrés, volvían tristemente á sus casas, muertos civilmente, cadáveres vivientes, destinados á alimentar el terror que inspiraba el Santo Oficio, ¡testimonio mudo de su abominable despotismo!

Largas haces de rojizas llamas se elevaron entonces hacia el cielo envueltas en torrentes de humo espeso y nauseabundo. El olor fétido de los cadáveres quemados se mezclaba al olor resinoso de la leña de pino ó de alerce, pábulo de las hogueras.

Los sacerdotes y los frailes, arrodillados en la plaza, oraban en voz baja golpeándose el pecho, y el pueblo, arrodillado como ellos, permanecía encorvado bajo una profunda impresión de terror y de piedad.

Por momentos subían en medio de esas siniestras hecatombes horribles y prolongados gritos, estertores, lastimeros suspiros; del seno de las estatuas ardientes en que estaban encerrados los infelices judíos, se escapaban de cuando en cuando aullidos sordos y desgarradores, parecidos á gritos de angustia salidos de las entrañas del infierno... lúgubre eco de ese inmenso concierto de agonía.

¡Un mortal silencio reinaba entre el pueblo!

De vez en cuando, la severa voz de los sacerdotes, dominando esos diversos ruídos, dejaba oir un versículo del *De profundis* ó del *Miserere;* lúgubre salmodia que se mezclaba como horrible parodia entre los lamentos humanos, el estertor de los agonizantes y el chisporroteo de las llamas. Poco á poco fueron éstas disminuyéndose: hiciéronse más débiles y más raros los suspiros, los llantos y los lamentos, ¡el pueblo fué despejando la plaza lentamente! Alejáronse las grandes corporaciones del Estado.

Todo se había concluído, y sobrevenido la noche.

El clero y los frailes se quedaron los últimos.

Entonces, de lo alto de su trono, más que real, Pedro Arbués pudo contemplar la hoguera, que entonces parecía un inmenso brasero salpicado de manchas negruzcas.

Anchas bocanadas de humo se levantaban en los aires, cual grandes y sombrías nubes. En medio de las hogueras, uno que otro tronco de cedro que acababa de consumirse, daba aún pálidos resplandores en aquella profunda obscuridad.

Pedro Arbués contempló con infernal delicia aquella vasta arena de destrucción.

Rey de la muerte, se entronizaba sobre la nada.

Después murmuró, levantando los ojos al cielo, estas terribles palabras del Salmista:

«Que Dios se levante y sus enemigos serán dispersados. Y los que le odien huirán ante él. —Tú les arrojarás como el viento arroja al humo, como la cera se derrite en el fuego. Así los inicuos perecerán delante de Dios».

Y con el alma tranquila, se alejaron el inquisidor y el clero del teatro de sus crímenes.

Así terminó esta memorable jornada.

XXXV

Un mártir

Cuando los dos guapos hubieron salvado al gobernador, se habían rápidamente escurrido por enredadas revueltas de las calles de Sevilla, las más estrechas y tortuosas del mundo.

El pueblo había protegido tan bien su fuga, que antes que pudieran ser alcanzados por los esbirros de la Santa Hermandad, habían llegado á la puerta de Juana, la cual se había abierto ante ellos como por sí misma, sin que se encontraran ya las huellas de los guapos ni del gobernador; nadie había podido seguirles, ni ver dónde se refugiaban; y después, en un día de auto de fe, tenían mucho que hacer para empeñarse en perseguirlos.

Esteban, Dolores y Juana aguardaban juntos el éxito de este acontecimiento. Estaba Juana atisbando por el agujero de la pared de su casa que daba á la calle, por aquella especie de ventana cerrada con una piedra donde Dolores fué entrevista por Pedro Arbués el día en que éste anunció á los habitantes de Sevilla el auto de fe que á la sazón se celebraba; y al ver llegar á los guapos con su preciosa carga, les abrió rápidamente la puerta. Con mucha precaución depositaron en un ancho sofá de la sala á Manuel Argoso, padre de Dolores, que no daba señal de vida. Sus brazos y sus manos colgaban inertes á lo largo de su cuerpo casi helado; sus ojos estaban enteramente cerrados, su rostro sin color, y sus miembros, rotos por varios puntos, estaban cubiertos de llagas sanguinolentas y de cicatrices medio cerradas.

Su cabeza, poco antes poblada de espeso y negro cabello, quedaba casi enteramente calva, y el poco que restaba alrededor de las sienes había tomado el color blanquizco y enfermizo que no es el de las canas en la vejez y aquella flexibilidad lacia é inerte, testimonio verídico de una completa atonía y de una próxima desorganización. En cambio, las uñas le habían crecido extraordinariamente; pero amarillentas, blandas como las de un niño ó las de un hombre que sale del baño.

Viendo Dolores á su padre en tal estado, no pudo contener un grito lastimero. Estaba tan pálida y debilitada por los sufrimientos de la cárcel, que no pudo resistir á ese último golpe; cayó arrodillada delante del mueble en que Argoso estaba tendido, y con labios secos y descoloridos besó la mano ya lívida de su padre, la mano querida y venerada que tantas veces la había bendecido.

Pero el infeliz gobernador no contestó á esa caricia filial; la mano que oprimía Dolores permaneció inerte y glacial entre las de la hija.

—¡Oh Esteban! ¡Esteban!—exclamó ella con terror que iba en aumento—mirad, ¡no responde ni aun á mis caricias!... Su mano está fría... Su corazón no late... ¡Esteban! ¡decidme que mi padre vive aún!

Abrumado Esteban por ese nuevo é imprevisto dolor y por la desesperación de su amada, así como había quedado estupefacto al ver el rostro lívido y desfigurado del gobernador, acercóse tímidamente y puso la mano sobre el corazón de Manuel Argoso. Aun latía, pero tan débilmente y á tan largos intervalos, que mostraba ser sus últimas pulsaciones.

Seguía Dolores todos los movimientos de Esteban con miradas llenas de angustia y cubiertas de lágrimas.

Pero él no se atrevía á hablar; permanecía tímido; temía la inmensa desesperación, el dolor santo de una hija, que después de tantos esfuerzos y resignación, no encontraba á su padre más que para estrecharle cadáver entre sus brazos.

—¿Y bien? —preguntó ella temblando—; y bien, respondedme, Esteban... hablad, ¿qué esperanza me queda?

—El corazón aun late —dijo el joven—; convendría hacerle respirar alguna esencia.

—Tomad, tomad—dijo Juana, sacando de su bolsillo un pomito de cristal de roca preciosamente guarnecido de un tapón de oro cincelado y lleno de esencias orientales, vivificantes y saludables, productos preciosos de la alquimia de aquel tiempo, mucho más adelantada, especialmente entre los orientales, que de lo que actualmente se cree.

Cogió Dolores vivamente el frasco, y lo hizo oler á su padre; él hizo un ligero movimiento de cabeza; sus ojos, hasta entonces cerrados, se entreabrieron.

Dolores lanzó un grito de alegría, y levantando entre sus brazos la adorada cabeza de su padre, la apoyó más cómodamente en las almohadas de terciopelo.

—¡Oh Esteban!, aun vive!—dijo ella con esperanza.

En efecto, Manuel Argoso acababa de abrir los ojos; pero

como los de un ciego de nacimiento, miraban y no veían, porque una sombra mortal los cubría. Con todo, ese velo pareció disiparse poco á poco. Manuel Argoso pareció apercibirse ligeramente de lo que pasaba á su alrededor; el oído, único órgano que no había sufrido alteración, fué el primero que renació en aquel cuerpo moribundo. Volvió la cabeza hacia el lado en que oía hablar, para reunir sus ideas fugitivas y enterarse del sitio en que se encontraba.

Luego abrió los labios y murmuró débilmente:

—El fuego..

Creía estar en el auto de fe.

Todos callaron, escuchando con el más profundo silencio.

—Hija mía... Esteban—dijo el gobernador en voz baja, mientras que sus miradas fijas en sus hijos arrodillados delante de él, vagaban del uno al otro sin reconocerlos.

—¡Padre mío!—exclamó Dolores.

—¡Silencio! -dijo Esteban—callad; dejadle que vuelva en sí.

—Tomad—dijo Juana—, dadle cordial.

Y presentó á Dolores en una copa de plata vino rancio de Alicante de unos diez años, mezclado con una ligera tintura de áloes.

Mojó Dolores los labios de su padre; después le introdujo con mucho trabajo en la boca algunas gotas del cordial, cuyo benéfico licor parecía reanimar su sangre casi helada. Su rostro, poco antes tan pálido, se coloreó repentinamente de una tinta fugitiva; su vista incierta se detuvo en el rostro de Dolores con indecible expresión de amor, de dolor y de pesar, porque acababa de reconocerla.

Sonrióle débilmente con indecible ternura, y luego paseó lentamente su débil mirada de Dolores á Esteban y á Juana.

—¿En dónde estoy?—murmuró por fin.

—Entre amigos, entre verdaderos amigos - respondió Dolores - ; estáis salvado, padre mío, y pronto saldremos de España.

—Sí, sí... salid lo más pronto posible—dijo Manuel con voz que iba progresivamente debilitándose.

(Continuará.)

Una tragedia.

Un enfermo atacado de locura hiere gravemente á un enfermero, suicidándose después.

En la sala de Piorry del hospital de la Piedad, de París, se ha desarrollado un sangriento suceso.

Un tal Carlos Barloy había sido admitido en el hospital el 26 de agosto, para seguir el tratamiento indicado en una enfermedad especial. Pronto se hizo notar por su exaltación nerviosa, quejándose á los demás enfermos de sentir agudos dolores en la cabeza.

El 30 de agosto último, á las cinco de la mañana, se evadió del hospital á medio vestir y marchó á su domicilio. Allí, á fuerza de súplicas y consejos, se le pudo convencer de que marchase de nuevo al hospital. Desde entonces pareció aumentarse su excitación.

El 19, hacia las dos de la madrugada, se levantó, sentándose en una mesa colocada en el centro de la sala, y se puso á escribir con lápiz en trozos de papel y postales.

El enfermero de guardia, M. Julián Mercier, de cuarenta años, se aproximó á él y le exhortó á que se acostase. Barloy obedeció, y Mercier ocupó la butaca destinada á los enfermeros de guardia. De pronto, á las dos y media, Barloy volvió á levantarse completamente desnudo, deslizándose por detrás de las camas, hasta que llegó á la habitación donde estaba el enfermero. Antes de que éste hubiese podido ponerse á la defensiva, Barloy le propinó varios puñetazos y trató de estrangularle, tirándole después al suelo y pateándole con furia, clavándole seguidamente dos veces un puñal por debajo del ojo derecho.

A los gritos del enfermero y al ruido de la lucha, los enfermos trataron de intervenir. Barloy se separó armado del cuchillo, y huyó. Mercier, á pesar de sus heridas, trató de perseguirle, pero la pérdida de sangre le hizo perder el conocimiento y rodar por el suelo.

Barloy continuó corriendo, y colocando bancos y sillas, logró escalar la tapia y caer en la acera de la calle de Daubenton. En la caída se produjo grandes lesiones en las piernas y las rodillas, y entonces con el cuchillo se hirió en la sien derecha y cayó ante la casa núm. 2 de la misma calle.

Un instante después le descubrió un transeunte y avisó á los guardias de la Paz. Se le transportó al hospital de donde acababa de escaparse y donde fué interrogado por el comisario del distrito.

En los papeles que había escrito no había sino frases incoherentes, pudiendo, á fuerza de trabajos, descifrarse lo siguiente: «Adiós á mi querida y admirablemente soñada».

Carlos Barloy murió algunas horas más tarde. La herida que se había causado en la sien derecha era mortal. Estaba casado y deja dos hijos.

Respecto al enfermero, su estado es grave, aunque los médicos no desconfían de salvarle. Es casado, con cuatro hijos, y su mujer está en cinta.

Parricida y suicida

En Ivry sur-Seine se ha desarrollado un espantoso drama. En un acceso de alcoholismo, un padre se ha suicidado, matando á sus dos hijas, de nueve y siete años, por medio de la asfixia.

En el cuarto piso de la casa núm. 28 de la calle Juan Jacobo Rousseau, vivían Luis Valentín Scher, de treinta y nueve años, natural de Suiza y sus tres hijos: Enrique, de quince años, y Georgina y Elena, de nueve y siete, respectivamente.

Durante mucho tiempo fué un obrero modelo, hasta que falleció su mujer en 1906. Afectado con la muerte de su compañera, empezó á beber descompasadamente, tratando por ese medio de ahogar su pena.

El jueves último, el hijo mayor salió de la casa para presenciar una fiesta organizada por la Sociedad de Gimnástica, regresando á media noche.

Llamó á la puerta, sin que nadie respondiese, y como conocía el carácter violento de su padre, no insistió, pasando la noche sentado en un escalón.

Por la mañana le encontró allí un tío suyo que vivía en otro piso de la misma casa, y le preguntó por qué estaba allí.

Llamaron á la puerta y nadie respondió tampoco. Intranquilos entonces por aquel silencio, violentaron la puerta, ofreciéndose á sus ojos un terrible espectáculo: sobre la cama estaban inertes los cadáveres de Valentín y sus hijas.

En medio de la habitación había colocado un gran brasero, y en la mesa de noche, una botella que había contenido ron.

Se cree que el padre, en completo estado de embriaguez, decidió suicidarse y hacer morir también á sus hijos.

Epílogo de un drama

Un telegrama de Londres comunica la noticia de haberse encontrado el cadáver del general Luard, completamente mutilado, en la vía férrea, entre East-Farleigh y Watenisgbury.

Se recordará el crimen de Leven-Oaks, cuyo misterio no ha podido esclarecerse. Desesperado por la muerte de su mujer y por ciertos rumores que le suponían ser autor del hecho, el general decidió suicidarse, arrojándose á la vía, al paso de un tren.

Antes de adoptar tan fatal resolución, el general Luard había escrito una carta á su amigo el coronel Warde, miembro del Parlamento. En esta carta, el general declaraba no poder soportar por más tiempo las terribles sospechas que pesaban sobre él y los anónimos que recibía diariamente, llenos amenazas.

Nota cómica

Un ladrón avisado



EL.—¡No tengas miedo, mujer; no hay ladrones! ¿No ves que es el perro, que me está lamiendo la mano?

Los ratas de hoteles son una variedad de roedores que, de poco tiempo á esta parte, va tomando un alarmante incremento.

Penetran en las mejores fondas, si es preciso, se alojan en ellas, y aprovechando todas las oportunidades, entran en las habitaciones de los compañeros de hotel y les roban.

Todo tiene sus quiebras, y al rata Vigoreaux le acusó las cuarenta Mr. Dobson, que le sorprendió, le sopapeó, le ató *para que no se fuese, y de esta manera* le entregó á la Policía. No es posible que ésta pida más comodidad.

Curiosidades

El teatro en los trenes

El progreso avanza á pasos agigantados. Al *vagón lit, vagón restaurant, vagón-bar*, etc., hay que añadir un nuevo adelanto: *el vagón teatro*. Este se inauguró hace pocos meses en Francia, en un tren sudexpreso de la Compañía de Orleans é Internacional de Wagons-Lits.

Se trata, como su nombre indica, de un vagón convertido en sala de espectáculos, donde se representan funciones durante el tiempo que dura el recorrido del trayecto.

La sala del primer vagón-teatro es capaz de contener ochenta personas. En ella hay algunos palcos, butacas, un pequeño escenario y la orquesta formada por seis profesores. El techo, pintado con mucho gusto, representa una alegoría: la locomotora de Thespis. El lado derecho de las butacas está reservado para las señoras, á las cuales se concede el privilegio de poder conservar puestos sus sombreros. Esta facultad otorgada al sexo débil produjo la noche de la inauguración grandes protestas. Todas las señoras, excepto las de la primera fila, se quejaban, y con sobrada razón, de que los sombreros de las que estaban delante no les permitían ver la representación.

En la función inaugural y armonizando con el lugar de la representación, se pusieron en escena las siguientes obras:

El revisor de coches-camas, en el trayecto comprendido entre París y Tour; *El tren de las ocho y cuarenta y siete*, entre Tours y Burdeos, y *La estación de Champbaudet*, entre Burdeos é Irún.

Una de las particularidades que los espectadores han observado, es la de que los actores hablan velozmente, como si la rapidez de la marcha del convoy les impulsase á dar mayor velocidad á sus palabras.

Cuando estaba representándose *El revisor de coches-camas* ocurrió un graciosísimo incidente: en una de las escenas, el tren dió una rápida vuelta, produciéndose una sacudida tan fuerte, que la actriz que estaba en escena y los muebles y objetos que en ella había cayeron al suelo, en medio de la general algazara. Terminado el incidente, reanudóse la representación, que obtuvo un éxito extraordinario.

MADRID.—Imp. de B. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316